

Nuestra insigne insignia

En su larga trayectoria investigadora en el seno de este Institutum, nunca se encontró, como en esta ocasión este estudioso, firmante del engendro que hoy se pone a disposición del público, en la obligación de reconocer sus limitaciones y la imposibilidad de llegar a conclusión definitiva alguna. Encuestas, observación, cogitaciones o experimentos en vivo no han sido bastantes para alcanzar desenlace fehaciente ni para iluminar al mundo con novedosos corolarios.

El enigma se ha centrado en el símbolo mismo de nuestro Institutum, en ese adorno pectoral y punzante que el insigne, magnífico y perezoso Rector ha mandado construir para atavío (no único, hasta ahí podríamos llegar) de nuestros voluntariosos torsos.

La observación es primordial en nuestro empleo de investigadores a cargo de la bella articiencia o cienciarte de la Patafísica, y bastará una somera para percatarse de que la insigne insignia que nos distingue consiste en una espiral sobre la que están escritas las palabras institutum pataphisicum granatensis, así, desde la i a la s. ¡O desde la s a la i! Y en ello radica la duda existencial que conlleva hacia el acto de indagar, porque la pregunta es clara y concisa: ¿la espiral se dirige desde un centro hacia la periferia o desde la periferia a un centro?, ¿se hunde en las profundidades o se eleva hasta los cénites (¿existe plural de tal palabra?)? Si se la mira con atención y con sentido crítico, ése en el que tanto se insiste en nuestro sistema educativo actual, puede dar la sensación que desde la última s del genitivo de Granada hasta la primera i, vocal encabezadora del ínclito nombre de nuestro Instituto, la espiral se hunde hacia un espacio inferior, hacia las intimidades de un pozo seco, y casi diríamos grasiento, cada vez más diminuto, remoto y motorizado, ennegrecido por la tenebrosidad de sus honduras, pero al mismo tiempo, (¡qué bellísimo concepto este de “al mismo tiempo”, encrucijada en la que dubitativo, cualquier burro inteligente puede morir de hambre e indecisión, o el hombre, más evolucionado por ser bípedo pero no más avisado que el burro por no ser avispa, no llegar a conclusión alguna o, lo que es infinitamente mejor, asir ambas por los pelos!) puede visualmente situar esa i central en las alturas más pinaculares, en los más niveos alcores, en las eminencias más cimeras y excelsas, para descender paulatina, suavemente, como vuelo de pluma, “come excrementi di mosca”, que diría Billy Wilder, hasta las escabrosidades de la s. He ahí, pues, el fracaso del

suscribiente en su investigación: no he podido averiguar con evidencia si desciende o asciende, si se encumbra o se subsume.

Otrosí: caso de poder leerse la espiral desde el centro a la periferia o a la inversa, también podría leerse la leyenda (para eso están las leyendas, para ser leídas) de la siguiente forma: sisnetanarg mucisihpatap mututitsni, o lo que viene a ser lo mismo sisneta narg mucisi h patap mutu titsni, que más bien parece invocación a infernales, avérmicas, que no ebúrneas, divinidades. Si en la variación está el gusto, invito al lector a subdividir aleatoria y jocosamente esa inversión, creando nuevas invocaciones por si en una de esas se tropieza con el verdadero Nombre del Oculto.

Pero no queda en ello la cosa, quizá porque nuestra insigne insignia es tan rica en matices e insinuaciones como perendeca en esquina o tejana tetuda en barra vertical.

¿Qué ocurriría si continuase el lema que es su ornato, en leyenda detallosa de sus miembros, por ejemplo, o de sus logros, mucho más importantes que la humilde colaboración y persona de todos nosotros, sus fieles servidores?, ¿cómo quedaría la espiral si en lugar de tres humildes palabras o latinajos, la antedicha leyenda constase de veinte mil o dos millones de latinajos o palabras?, ¿habría pecho capaz de soportarla?, la respuesta es ¡sí, el nuestro!, ¡sí y mil veces sí!

Otrosí: como materia de pesquisas o inquisiciones es el asunto de esas dos letras que son el alfa y el omega de la redicha leyenda, la i y la s. Combinémoslas en sus infinitas variantes y permutaciones que se quedan en dos: si e is. Empecemos por la última: ¡el ser!, das sein, que no es lo mismo que el dasein, l'être et le néon, ¡qué maravilla!, ¡ya lo dijo aquel: la ontología es la oncología de la metafísica! Y por último, y después de tantos meandros, la otra combinación: si. Con o sin acento, si con él, afirmación de todo, vida, humor, conocimiento, patafísica; o sin él, ese condicional que pende sobre nuestras cabezas como damoclíteo espada, la posibilidad que engendra vida, libertad y evolución, la seguridad final que nos recordaba la antigua leyenda: si nos mastica el demonio, no hay dos salidas sino sólo una: el culo.

Miguel Arnas Coronado